



"Nuevo Mundo" Madrid 9-72
19 agosto 1924
19

(Recogido en "de esto y de aquello"
tomo IV)

PERO si á usted le aseguran una vida tranquila?
—Bueno; pero sepamos primero á qué lo llama usted vida, á qué tranquilidad y á qué seguridad.

—Hombre! Le diré á usted...
—No; no me diga usted nada; es mejor que no me diga usted nada. Dígaselo á usted mismo, si es que es capaz de hablar consigo propio. Porque me parece que jamás se ha puesto usted frente á sí mismo. Ni le es hacedero...
—¿Se puede saber por qué?
—Sí; porque usted no tiene sí mismo, porque usted no existe, porque usted no existe...
—Hombre! Tanto como eso...
—Sí; tanto como eso. Usted no existe, y la prueba es lo que le preocupa la mera existencia, una existencia tranquila. Que no es lo mismo que una vida. Usted sería capaz de recibir todos los días no ya un error manifiesto y que usted supiera que era un error, sino algo peor: una tontería, una redonda tontería, una sandez de marca mayor, si por repetirla le aseguraban, como usted dice, una existencia tranquila y aun le daban fortuna encima; si le tenían á usted á pan y manteles por proclamar á diario la sandez, por repetir algo que ni tuviera sentido. ¿No es así?
—Y ¿qué duda cabe? Pues si la cosa era sin sentido, si una vaciedad, ¿qué más le da á usted confesarla ó no?
—Es que en fuerza de confesar una tontería se vuelve uno tonto y tonto de capirote...
—¿Y qué más da?
—Sí; ya sabía yo que á usted, con tal que le aseguren una vida tranquila, lo que usted llama una vida tranquila—que para mí no sería ni vida ni tranquila—, se deja entontecer. Aunque no; quien como usted piensa—ó mejor no piensa—no puede ser entontecido, pues que nació ya tonto de romate.
—Bueno; hay que dejarlo...
—Sí; que soy un insolente. ¿No es eso?
—Usted lo ha dicho.
—Es mi deber. Y es la única manera de probar si llega usted á descubrir debajo del tonto que se ha hecho al otro. Y se ha hecho usted tonto por miedo...
—¿Por miedo?
—Sí; por miedo á la verdad, ó sea por miedo á la inteligencia. Todo tonto es un cobarde. Como que cobardía no es más que eso: tontería. Y la tontería es cobardía. Usted tiene miedo á la verdad; usted tiene miedo á la inteligencia que le descubre y por eso pide que le aseguren una vida tranquila, por miedo á la verdad.
—¿Y qué es la verdad?

COMENTARIO
DE
UNAMUNO

—La pregunta de Pilatos, que no era precisamente un tonto, sino un entontecedor. Y acaso en el fondo un tonto, sí, un tonto, como todos los entontecedores, como todos los que sacrifican la idealidad á la tranquilidad, la justicia al orden.
—¿Es que el orden y la justicia no son lo mismo?
—Cuando yo decía que era usted tonto de capirote!... Pero no creí que lo fuera tanto...
—¿Es que he dicho una tontería muy grande?...
—Mayor, mucho mayor. Ha dicho usted la más grande tontería, ó sea la más grande cobardía—porque las cobardías se dicen—que se puede decir. ¿Usted sabe lo que es justicia?
—Dicen que dar á cada uno lo suyo...
—Exacto; y si no fuese porque ahora no hace usted sino repetir como un papagayo algo que ha oído y que dicho por otro sería algo sensato y juicioso, pero dicho por usted no pasa de ser una vaciedad, si no fuera por esto, le diría que se iba usted curando. Sí; justicia es dar á cada uno lo suyo; al César, lo que es del César; á Dios, lo que es de Dios, y á la inteligencia lo que es de la inteligencia.
—¿Y qué es de la inteligencia?
—La libertad, ó sea la verdad.
—¿Es que hay verdades?...
—Sí; que impiden la tranquilidad de eso que usted llama vida y que de vida nada tiene.
—¿Adónde iríamos á parar con sus teorías!...
—¿Adónde?
—¿A morirnos!
—¿Usted? ¿Usted á morirse? Usted, señor mío, no se puede morir. ¿Usted es tan inmortal como un átomo! Suponiendo que haya átomos y que haya usted...
—Hombre! Ésas paradojas...
—Hasta dentro de la tontería es usted tonto. Es usted un tonto elevado á la potencia infinitesimal. Casi un genio de la tontería.
—Ya ve usted cómo le aguanto...
—¿Qué remedio?
—Podía no aguantarle...
—Entonces sufriría usted y perdería su tranquilidad. No. Usted necesita durar—durar, no vivir—tranquilo, y para eso rinde usted acatamiento á la frivolidad y á la cursilería dominantes. Y le parece á usted que eso es orden. La degradación mental; la degradación sentimental, la degradación estética, la muerte del espíritu no le importan á usted. Quédese, pues, con su vida.
MIGUEL DE UNAMUNO

